

**CARTA CIRCULAR DEL P. GENERAL AQUILINO BOCOS
MERINO, C.M.F.
CON OCASIÓN DE LA BEATIFICACIÓN
DE LOS MÁRTIRES CLARETIANOS DE BARBASTRO**

**TESTAMENTO MISIONERO DE
NUESTROS MARTIRES**

ROMA
Curia General
1992

Queridos Sacerdotes, Diáconos, Hermanos, Estudiantes, Novicios y Postulantes de la Congregación: Paz a todos vosotros.

El 25 de octubre próximo, al día siguiente de la fiesta de nuestro Santo Padre Fundador, Antonio M^a Claret, y en el Domingo Mundial de las Misiones, Su Santidad Juan Pablo II declarará *bienaventurados* a 51 hermanos nuestros -Padres, Estudiantes y Hermanos, la mayoría de ellos jóvenes de 21 a 25 años-, que entregaron su vida por la Causa de Jesús en Barbastro (España) durante el mes de agosto de 1936.

A través de los diferentes medios informativos, se han ido comunicando las noticias referentes a este hecho. Tan pronto como se supo la fecha exacta de la Beatificación, se notificó a las Curias de los Organismos Mayores, anunciando que el Padre General, en el momento oportuno, se dirigiría por escrito a toda la Congregación. Con la presente circular cumplo esta promesa. Quiero, con ella, invitaros a vivir esta beatificación como *memoria* que re-actualiza el don del martirio concedido a la Congregación y a la Iglesia en nuestros hermanos y como *compromiso* que potencie la dimensión de testimonio y martirio inherente a nuestro carisma misionero.

En nuestros hermanos Mártires contemplamos el paradigma de lo que estamos llamados a ser, es decir, hijos del Corazón de María, desde el Magnificat hasta el Calvario. Ellos nos dieron su testamento, su testimonio. Nosotros estamos dispuestos no sólo a acogerlo, sino -en la medida de la gracia que hemos recibido- a hacer realidad sus sueños.

I. ENTRE EL MAGNIFICAT Y EL CALVARIO

¡Alégrate, Congregación agraciada!

1. Las palabras del ángel a María y las que Dios había comunicado, ya antes, por medio del profeta a su Pueblo, son dirigidas en este momento histórico a nuestra Congregación: ¡Alégrate, Congregación agraciada, el Señor está contigo pues estos hijos tuyos acogieron con gran generosidad el don del martirio! Por la gracia de Dios gustaron, como Jesús, la muerte para bien de todos¹, y con esa gracia tú has sido agraciada. Las palabras de tu Fundador hoy resultan más proféticas: “*Doy mil parabienes a todos los de la Congregación por la dicha que tiene de ser perseguida. Demos gracias a Dios: ya el Señor y su Santísima Madre se han dignado aceptar las primicias de los mártires*”². Tus hijos Mártires así te lo pidieron!: “*¡Alégrate, Congregación, porque tus hijos entran en la Congregación celeste!*” (Rafael Briega); “*¡Viva la Congregación santa, perseguida y Mártir! Vive inmortal, Congregación querida, y mientras tengas en las cárceles hijos como los que tienes en Barbastro, no dudes de que tus destinos son eternos. ¡Quisiera haber luchado entre tus filas! ¡Bendito sea Dios!* (Faustino Pérez, C.M.F.)”.

2. Alegrémonos, hermanos, por pertenecer a una Congregación que en su Fundador y en muchos de sus hijos, desde su comienzo hasta hoy, ha mantenido vivo el anuncio gozoso del Evangelio sin arredrarse ni siquiera ante la muerte. El don del martirio nos ha hecho partícipes del martirio de Jesús. Es un don inmerecido. No se conquista con el esfuerzo. Nuestros hermanos de Barbastro no buscaron ser mártires; pero cuando la gracia del martirio les sobrevino, ellos -siervos vigilantes- tenían las lámparas encendidas y estaban esperando a su Señor. “*Dios los*

¹ Cf. Hb 2,9.

² Carta al P. J. Xifré (7-10-1868), EC, II, 1297.

*puso a prueba y los halló dignos de sí*³. En su muerte violenta dieron testimonio de fe en el Dios que resucita a los muertos, de esperanza en el Reino que no dejará de germinar y del amor que no será vencido. Por eso recibieron el galardón de los siervos, los profetas, los santos y los que temen el nombre del Señor⁴.

3. Al morir -¡y esto no podemos olvidarlo!- pensaron en *nosotros*, Congregación del futuro. Proclamaron que por *nosotros* ofrecían su vida y prometieron seguir intercediendo por *nosotros* en el cielo: “*Morimos todos contentos sin que nadie sienta desmayos ni pesares; morimos todos rogando a Dios que la sangre que caiga de nuestras heridas no sea sangre vengadora, sino sangre que, entrando roja y viva por tus venas, estimule tu desarrollo y expansión por el mundo. ¡Adiós, querida Congregación! Tus hijos, Mártires de Barbastro, te saludan desde la prisión y te ofrecen sus dolores y angustias en holocausto expiatorio por nuestras deficiencias y en testimonio de nuestro amor fiel generoso y perpetuo*”. “*¡Viva la Congregación! Adiós, querido Instituto. Vamos al cielo a rogar por ti*”⁵. Con el mismo cariño y orgullo con que guardaron los primeros cristianos la memoria de sus mártires, nuestra Congregación ha guardado y guardará la de los suyos en el corazón y se siente orgullosa de esa sangre, entrada definitivamente en sus venas, que la vigoriza y estimula.

4. Nuestra Congregación se une, en este momento, al Magnificat de María: “*Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador*”. Entona su acción de gracias porque el Señor ha manifestado en estos humildes siervos, Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, las maravillas de su poder, sacando fuerza de lo débil y haciendo de la fragilidad su propio testimonio⁶. Al hacerlo, prolonga aquel

³ Sab 3, 5.

⁴ Cf. Ap 11, 18.

⁵ *Carta de despedida a la Congregación.*

Magnificat que algunos de los miembros de aquella joven comunidad claretiana de Barbastro entonaron camino del martirio y agradece a Dios Padre el don del Espíritu que fue derramado sobradamente sobre ellos. ¡Qué bien lo expresó el Padre Nicolás García poco tiempo después del martirio!: *“Estos hermanos nuestros han sabido responder, al ser martirizados, como sólo saben responder los que son enseñados por el Espíritu Santo: «No os preocupéis por lo que vais a decir o por cómo lo diréis, pues lo que tenéis que decir se os inspirará en aquel momento, porque no seréis vosotros los que habléis, será el Espíritu de vuestro Padre - y de vuestra Madre, añadió nuestro Padre (Aut. 687)- el que hable por vuestro medio» (Mt 10, 20)”*⁷.

5. Que se alegre, sobre todo, la Madre Iglesia, Pueblo de Dios, por nuestros hermanos e hijos suyos. A ella le pertenecen más que a nosotros. Por ella y por el Papa murieron. En el martirio se sabían solidarios y en comunión con su Obispo, sacerdotes, religiosos y laicos de la Iglesia de Barbastro. ¡Alégrate, Pueblo de Dios! ¡Alégrate, Iglesia de Dios en Barbastro!

Una espada atravesará tu vida

6. No hay alegría sin dolor. Desde María -Iglesia naciente- hasta hoy la espada del martirio atraviesa el alma de la Iglesia: es la sombra necesaria que proyecta el Cuerpo de Cristo en la historia. También *“la Iglesia de nuestro tiempo sigue escribiendo su martirologio. Con capítulos siempre nuevos, actuales. No se pueden apartar los ojos de esta realidad que es la dimensión fundamental de la Iglesia de nuestro tiempo... No podemos olvidar a quienes en el curso de nuestra época han sufrido la muerte por la fe y por el amor de Cristo, los que de diversas maneras han sido encarcelados, torturados, condenados a muerte y aun escarnecidos, despreciados, humillados y marginados*

⁶ Cf. Prefacio de Mártires.

⁷ GARCÍA NICOLÁS, 6, enero, 1939: AC, 35 (1939), 107.

*socialmente... Hay otros métodos de martirio y otro modo de dar testimonio. Pero todo mana de la misma Cruz de Cristo y completa la misma Cruz de nuestra Redención”*⁸.

7. El martirio ha acompañado también como una sombra a esta pequeña parte de la Iglesia que es nuestra Congregación. Martirial fue -ante todo- el talante espiritual de nuestro Padre Fundador. En el protomártir Esteban descubrió su imagen de ministro de la Palabra y de luchador contra los Príncipes y Potestades. Ya desde el inicio de su ministerio sacerdotal sentía *un deseo grande de irse a las misiones* (misión «ad gentes») *para salvar las almas, aunque por esto tuviese que pasar mil trabajos, aunque por ello hubiese de sufrir la muerte*⁹; tenía *sed de derramar la sangre por Jesucristo*¹⁰. En su vida, hubo un exceso de sufrimiento y persecución, que él supo asumir como identificación con Cristo. Fue perseguido en Cuba por sus compromisos en favor de la familia, de la libertad de los esclavos, de la moralización del clero¹¹ y, en Holguín, recibió el sello del martirio derramando su sangre¹². Martirio incruento fueron, según sus palabras, los doce años de Madrid, como confesor de la Reina:

⁸ JUAN PABLO II, *Alocución del 30 de marzo 1980*. en Osservatore Romano, ed. esp. 6.IV.1980.

⁹ *Aut 112*.

¹⁰ *“Habitualmente no rehusaba las penas; al contrario, las amaba y deseaba morir por Jesucristo. Yo no me ponía temerariamente en los peligros, pero sí gustaba que el Superior me enviase a lugares peligrosos para poder tener la dicha de morir asesinado por Jesucristo”*: *Aut 465*; cf. 466.

¹¹ *Aut 518*.

¹² *“...Espero que todos me ayudarán a dar a Dios muchas gracias por el beneficio imponderable de poder derramar un poco de sangre (5 libras) por amor de Aquel, que toda la derramó por mí, y poder sellar con mi sangre las verdades del Santo Evangelio y las alabanzas de María Santísima, que con tanto gusto predico”*. *Carta a sus Misioneros de Vic* (30-V-1856), EC, I, 1205. Esta Carta a sus Misioneros tiene especial valor carismático por haber querido el Santo Fundador compartir su experiencia con sus hermanos, invitándoles, así, a seguir por el mismo camino de fidelidad al anuncio del Evangelio.

“Doce años de martirio”¹³. Concluyó sus días, perseguido, desterrado y finalmente refugiado en la hospedería de un monasterio francés. Su actitud interior fue, en todo tiempo, grandiosamente martirial: *“Todas mis aspiraciones han sido morir en un hospital como pobre, en un cadalso como mártir, o asesinado por los enemigos de la Religión sacrosanta que dichosamente profesamos y predicamos, y quisiera yo sellar con mi sangre las virtudes y verdades que he enseñado”*¹⁴. La Congregación nació de la ardiente caridad del P. Claret. A la vez que aceptaba a los hermanos que el Señor le daba, quería ser el siervo y el último de todos¹⁵ y quería darles la sangre y la vida¹⁶.

8. La espada del martirio nos pertenece como herencia carismática. Es la espiritualidad que nuestro Padre Fundador plasmó en aquel papelito que contenía la “definición del Misionero” o “memorial del Hijo del Corazón de María” y que cada uno de nosotros debería llevar siempre consigo -según su voluntad¹⁷-: *“Un hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que arde en caridad... nada le arredra, se goza en las privaciones, abraza los tormentos... no piensa sino en cómo seguirá a Jesucristo en orar, sufrir...”*. Este “memorial” ha configurado a

¹³ *“He sido muy calumniado y perseguido por toda clase de personas, por los periódicos, por folletos, libros remedados, por fotografías y por muchas otras cosas, y hasta por los mismos demonios... Algún poquito a veces se resentía la naturaleza; pero me tranquilizaba luego y me resignaba y conformaba con la voluntad de Dios. Contemplaba a Jesucristo, y veía cuán lejos estaba de sufrir lo que Jesucristo sufrió por mí, y así me tranquilizaba”* (Aut 798).

¹⁴ Aut 467. En la última plática de los Ejercicios del año 1852, siendo ya arzobispo de Cuba, dijo: *“En todas las operaciones, a Dios la gloria; a las almas el provecho, y a nosotros, los trabajos; y, aunque sean tantos que nos ocasionen la muerte no importa: Mori lucrum* (Flp 1,21). *Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis* (Jn 10,11)” FERNANDEZ, C. El Beato Padre Antonio María Claret, Madrid 1946, I, p. 383.

¹⁵ XIFRÉ, J, *Espíritu de la Congregación*, Madrid 1892, 12-13.

¹⁶ *Carta al P. Xifré* (20-8-1861), EC, II, 352.

¹⁷ *Carta al P. Xifré* (20-8-1861) EC, II, 352.

los grandes hombres de la Congregación. El *Padre Crusats*, nuestro protomártir, hacía examen particular sobre él y lo convirtió en su proyecto de vida personal. Los formadores de la Congregación, ya desde el Padre Pablo Vallier, lo propusieron como imagen paradigmática a los misioneros formandos. Los documentos constitucionales y capitulares lo han ratificado y explicitado. La espiritualidad martirial ha florecido, sobre todo, en hechos de martirio que han ido jalonando nuestra historia. ¿Cómo no evocar los hechos martiriales acaecidos a los pocos años de la fundación, los más cercanos en México, España, China, Colombia, Cuba y Guinea Ecuatorial y, últimamente, en Filipinas, Guatemala, Zaire y Juanjuí? Además, como nos decía la MCH: “*Junto a estas manifestaciones más palmarias de los estigmas del Salvador, son muchas las silenciosas vidas segadas prematuramente por el clima, la insalubridad y las duras condiciones de los territorios de misión*”¹⁸. ¿Cómo no evocar así mismo a quienes compartiendo nuestra misión desde su condición seglar han derramado también su sangre por el Evangelio?

Haced lo que El os diga

9. María, Madre y Maestra de misioneros, se hizo impresionantemente presente en el martirio de nuestros hermanos. Ya lo estuvo en su itinerario formativo. Pero en el momento crucial estuvo omnipresente: en los cantos, los escritos, la Carta de despedida, en el fervor que respiraban... Se sentían hijos de su Corazón y le lanzaban «vivas» enardecidos. Ella les enseñó a ser *discípulos* de Jesús y *apóstoles* de su Reino; de Ella aprendieron a hacer lo que El les decía.

10. También la Congregación fue para ellos Madre, Maestra, Formadora; no sólo porque los estimuló a meditar con frecuencia el texto del “memorial del Hijo del Corazón de María», sino porque en los Centros de formación de Cataluña se había hecho

¹⁸ MCH, 77.

connatural la espiritualidad martirial claretiana y porque algunos de los formadores habían padecido ya la persecución en los años 1931 y 1934. Podemos recordar las canciones con que expresaban el ansia de martirio; así como algunos símbolos comunitarios y la práctica de rezar para alcanzar la gracia del martirio. Martirial era, sobre todo, el talante misionero en el que se formaban a partir de las Constituciones. Los futuros mártires sabían que la primera virtud del joven misionero es la fe, que inflamó a los profetas, confortó a los apóstoles en las persecuciones, en los tormentos y hasta en la misma muerte, que mitigó los tormentos de los mártires¹⁹; tenían la convicción de que habían de estar dispuestos a perderlo todo, familia, bienes, aun la vida, antes que abandonar la vocación,²⁰ y a seguir al Señor llevando la cruz, dispuestos a pasar hambre, sed, persecuciones, hasta la misma crucifixión²¹. Sabían que la profesión era un símbolo del martirio, y que debían prepararse para él, en caso de que llegara la hora. Por eso, no fueron mártires de ocasión. Llevaban en su interior el martirio como un don implícito, se formaron en esta conciencia, y fueron aprendiendo a ser fieles a sus raíces martiriales. Para ellos, el martirio era la culminación normal de una vida misionera. En las cartas a sus familiares, durante los años previos a la muerte²², manifestaban la conciencia de estar preparándose para un

¹⁹ CC 1924, n.105.

²⁰ Cf. CC 1924, nn.111-112.

²¹ CC 1924, nn.10-11.

²² He aquí algunos testimonios. Jesús Agustín Viela escribía a su madre: «...lo que más pueden hacer es matarnos por odio a Dios y entonces seremos mártires; y ¡hay gloria mayor para una madre que decir que su hijo ha muerto por Dios y la Virgen Inmaculada!» (Solsona, 4-mayo-1931). Y un año más tarde le decía: «Dios lo gobierna todo; y si llega a permitir que nos hagan algo, más dichosos seremos al poder padecer algo por su amor» (Solsona, 2-abril-1932). Juan Baixeras escribía a su padre: «Las espuelas de la persecución, en vez de perjudicarnos, nos harán correr más por el camino de la perfección cristiana, y renovaremos aquellos tiempos primitivos de la Iglesia de mártires y de santos» (Cervera, 5-marzo-1936). Ramón Illa escribía a su tía religiosa: «Nos esperan grandes cosas, la Iglesia santa llorará como

momento crítico y decisivo, que cada vez se hacía más cercano. De ahí la entereza, la serenidad y el gozo en el momento de aceptar la muerte. Mantuvieron en muy alto aprecio su ideal vocacional. María, la nueva Eva y la Mujer victoriosa sobre el Maligno, les sostuvo en la prueba y alentó su fidelidad hasta el final. Hicieron lo que Ella les pedía y con María subieron al Calvario y fueron introducidos en el misterio de la muerte de Jesús: murieron *con* Jesús y *como* Jesús.

En la Cruz, asociados a la Muerte de Jesús

11. *Con Jesús* entraron en el estado místico por excelencia, que es el martirio. Vivieron y murieron con Cristo. El sufría y moría en ellos. Es que Cristo se prolonga en sus mártires, como decía San Juan Crisóstomo: “*Amamos a los mártires no porque son atormentados, sino porque sufren los tormentos de Cristo*”²³. *Con Jesús* murieron dando testimonio del Dios del Reino, de aquel Dios que viene con el desquite, cuyo Reinado se ejerce en favor del huérfano, de la viuda, de los pobres, del Dios de la misericordia y la justicia. *Con El* dieron ese testimonio que el mundo exige hoy a los evangelizadores: que le hablen de un Dios a quienes ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible²⁴. Murieron con Cristo, se convirtieron en una palabra sobre Dios; realizaron y mantuvieron -identificados con su Señor- obras de vida, de misericordia y de amor en favor de los pobres y lucharon contra los ídolos de muerte.

viuda, pero nos coronará a sus hijos predilectos los religiosos con la mayor bendición que es la de los perseguidos. Dios quiera que sea también con la púrpura del martirio. No somos del mundo y el mundo por eso nos persigue» (Cervera, 27-diciembre-1932). Y dos años más tarde, escribiendo a otra tía religiosa, le decía: «*Este año me dirijo a V. no sólo con amor, sino con reverencia, por ver que ha sido hallada digna de padecer por el nombre de Jesús. No puede figurarse la alegría con que aquí hubiéramos recibido el martirio. Ustedes, pues, son más felices que nosotros. Les envidiamos. Les reverenciamos*» (Cervera, 21-diciembre-1934).

²³ Adv. Iudaeos, 4,3

²⁴ Cf. Hb 11.27

12. Murieron *como Jesús*. Llamados como los apóstoles a convivir con Jesús y a anunciar el Evangelio²⁵, soñaban pasar por este mundo haciendo el bien; se preparaban para la misión universal; y lo consiguieron cuando les fue concedido reproducir en sí mismos los rasgos de la pasión y muerte del Señor²⁶. Tuvieron su Getsemaní en el salón de actos de los Escolapios, su Viacrucis por las calles de Barbastro, su presentación ante el pueblo que los condenaba, su Calvario en el lugar de las ejecuciones. Su corazón estaba identificado con el de Cristo. Cada uno de ellos expresó, desde su ilusión vocacional, por qué moría. Eran conscientes de que no morían por defender ningún sistema político, sino la causa de Jesús. No fueron únicamente mártires de la Iglesia, sino, sobre todo, mártires del Reino de Dios, mártires de la humanidad.

13. Su martirio nos revela hasta dónde llega la mostruosidad del antirreino. El Maligno bajó contra ellos rebotando furor, pues sabía que le quedaba poco tiempo²⁷. Ellos, descendencia de la Nueva Eva, hijos de su Corazón, vieron cómo el dragón apocalíptico, *“despechado a causa de la mujer, se marchó a hacer la guerra al resto de su descendencia, a los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús”*²⁸. Consagrados por el Espíritu *“vencieron en virtud de la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio que dieron y no amaron tanto su vida que temieran la muerte”*²⁹.

²⁵ Cf Mc 3, 13-14. CC, 1986, 4.

²⁶ Los PP. Felipe de Jesús Munárriz y Nicasio Sierra hicieron juntos el Via Crucis en la Iglesia pocas horas antes de la detención. A continuación toda la Comunidad participó en el último acto de oración con el Santísimo Sacramento expuesto. En este acto cantaron: *«¡Oh, Jesús, yo sin medida te quisiera siempre amar! ¡Cuán feliz yo, si la vida por tu amor pudiera dar!»* Cf. CAMPOS VILLEGAS, G., *Esta es nuestra sangre*, PC, Madrid, 1990, 70.

²⁷ Cf. Ap 12. *«Si nosotros somos objeto de odios satánicos, viendo que todos nos persiguen, naturalmente nos encaminaremos hacia Dios y confiaremos en El. (...) «Encomendémonos, pues, al piadosísimo Corazón de nuestra Madre que acelere el reinado social del Sagrado Corazón de Jesús»*(Juan Baixeras).

²⁸ Ap 12,17.

²⁹ Ap 12,11.

II. TESTAMENTO MISIONERO

Aun muertos, hablan todavía

14. Nuestros jóvenes Mártires llegaron a la madurez en muy poco tiempo. El sufrimiento los acrisoló. Por eso, nos legaron una preciosa herencia: un *testamento* de incalculable valor testimonial, expresión de su última voluntad. En sus palabras testamentarias descubrimos un mensaje para nuestro presente, capaz de desestabilizarnos e impulsarnos hacia un futuro más profético. Aun muertos, hablan todavía. Tenemos un vínculo común con ellos. Con ellos formamos un solo Cuerpo. Su *testamento*, como el de otros mártires de la Iglesia antigua y actual, nos conforta y nos estimula a seguir completando lo que falta a la pasión de Cristo en favor de su Cuerpo que es la Iglesia³⁰; nos invita a compartir su *pasión* por los grandes valores que rigieron su vida.

15. Repasando la historia del martirio de nuestros hermanos en la cárcel, es fácil imaginárselos apropiándose de lo que dice San Juan en su primera carta: “*Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él*”³¹. “*Y éste es el testimonio: Dios nos ha dado la vida eterna y esta vida está en su Hijo*”³². En sus escritos y actitudes personales nos dejaron las más esenciales claves de una mística misionera. Nos las ofrecen desde la profundidad que dan la fe y el amor a una misma vocación y misión.

“¡Son tus hijos, Congregación querida!”

16. Con esta sentida y tierna exclamación “*¡son tus hijos, Congregación querida!*”, repetida insistentemente, los Mártires de Barbastro testifican su identidad y pertenencia a nuestra Comunidad Misionera universal. Su amor entrañable a la

³⁰ Cf Col 1,24.

³² 1 Jn 5,11.

³¹ 1 Jn 4,16.

Congregación, «*fiel, generoso y perpetuo*» -como ellos dicen-, no es un amor infantil ni narcisista. Por las distintas referencias que hacen al pronunciar ésta u otra equivalente expresión (“*querido Instituto*”), revelan una madurez vocacional bien probada. Entienden el cuerpo congregacional como un todo bien articulado, en el que cada uno tiene su propio don (Padres, Estudiantes y Hermanos) y en el que son valoradas las diversas funciones. Es grande su interés en hacer llegar al Superior General, a través de Pablo Hall y Atilio Parussini, los argentinos liberados, el testimonio de su fidelidad y amor al Instituto, su Carta de despedida, el pañuelo empapado de sudor y la notificación de los sufrimientos y alegrías de cada uno de ellos. Para ellos esta relación cariñosa con la Congregación era connatural. En ella habían encontrado su nueva familia, habían aprendido a seguir a Jesucristo hasta las últimas consecuencias -en el fiel cumplimiento de las Constituciones-; se sentían miembros de un cuerpo solidario en la misión evangelizadora. La autenticidad de su vivencia les hizo excelentes candidatos para el martirio. Probaron que es fácil pasar del religioso al mártir cuando se vive la entrega a Dios y al prójimo sin reservas y de forma significativa³³.

17. Nuestros hermanos Mártires revelan tener conciencia clara de pertenecer, a la vez, a la comunidad formativa de Barbastro y a la Congregación entera, a quien llaman “*Madre común de todos nosotros*”. Pronunciaron este *nosotros* con proyección de futuro: querían que su sangre fuera vida nueva en el desarrollo y expansión por todo el mundo de su querida Congregación. En los momentos más duros se supieron profundamente vinculados a todos sus hermanos y nos pidieron que, en sus clamores entusiastas al Corazón de María, a Cristo

³³ Cf LG 44. San Juan Damasceno llegó a decir: «*Los que abrazaron la vía estrecha de la vida religiosa se constituyen mártires por la orientación que adoptan en su espíritu; los que murieron en las persecuciones sangrientas y los que llevan la vida angélica son de una misma dignidad*»: JUAN DAMASCENO, *Instituciones* IV, 34-35: PL 48, 194.

Rey, a la Iglesia y a la misma Congregación, adivináramos el amor que a ésta tenían. Así nos lo dijeron: “*Te llevamos en nuestros recuerdos hasta estas regiones de dolor y de muerte*”. Fueron conscientes de que su fidelidad hasta la muerte era una gloria, nunca una pérdida para la Congregación; concedían al martirio un valor superior a cualquier otra forma de apostolado.

Una comunidad con mística

18. La comunidad mártir de Barbastro se convirtió en modelo de aquella comunidad misionera, que es más mística que estructura, más fraternidad que mera organización, más ayuda y acompañamiento que carga. Estar en período de formación inicial no les impidió ofrecernos *en la cárcel* el ejemplo de una admirable madurez en la vivencia de la fraternidad y del misterio de la comunidad. Pensaban sus verdugos que, al separarles de sus superiores, debilitarían la firmeza de los jóvenes; sin embargo, fue más fuerte la comunión fraterna; supieron permanecer juntos; entre ellos surgió una mística colectiva que mantuvo alta su moral e inquebrantable su decisión. Formaron una comunidad regida por el Espíritu y por el amor mutuo. La comunidad alentó a José M. Blasco, que se sentía débil y temeroso ante la muerte, oró por él y con él; protegió y ayudó a Esteban Casadevall, acosado por una prostituta enamorada. Aquellos jóvenes misioneros supieron anteponer la comunidad a sus intereses individuales: Salvador Pigem rehusó la oferta de liberación, que un miliciano le hizo, para poder compartir en solidaridad la suerte de sus hermanos; lo mismo hicieron Miguel Masip y el Hermano Manuel Torras.

19. Formaron una comunidad orante³⁴. La conjunción entre sufrimiento y oración hizo florecer en ellos el don de la perseverancia hasta el fin. Se ingeniaron para ir rezando cada uno

³⁴ Nuestros mártires manifestaron una gran confianza en el valor de la oración comunitaria y mutua “para que el Señor les diese a todos la perseverancia”: QUIBUS, *Misioneros Mártires*, I. Barbastro, 2ª ed., 97.

el oficio de Mártires y el oficio parvo a la Virgen, y, sobre todo, para poder comulgar, haciendo así del Pan Eucarístico el centro de aquella comunidad encarcelada y el vigor de su intensa y recia espiritualidad. El Señor, Pan Eucarístico, se hizo clandestinamente presente entre ellos, sin ser notado por los carceleros. Con celeridad sorprendente aprendieron a hacerse también ellos pan partido y vino derramado por la vida del mundo. Aquellas comuniones les prepararon para la última y definitiva entrega del cuerpo y para hacer frente a los males del mundo. La presencia sacramental y la acogida del Señor en medio de ellos nos dan razón de todo lo que en nuestros hermanos Mártires admiramos.

Una comunidad con entusiasmo misionero

20. Los jóvenes misioneros de la Comunidad mártir de Barbastro eran entusiastas. Encerraban en su corazón muchos sueños. La intensidad con que vivieron los últimos días hizo que éstos afloraran en sus cartas, exclamaciones, cantos, ofrecimientos, oraciones, confidencias, etc. Unos esperaban ser enviados a Oriente, otros se veían en las misiones populares, otros dedicados a los estudios eclesiásticos o atendiendo a los problemas sociales... El único carisma aparecía multicolor y armónico en la variedad de carismas personales. Y, sin embargo, supieron renunciar a sus sueños y proyectos; comprendieron que la misión no es sólo acción, es también -y, a veces, sobre todo- *pasión*; ni siquiera el apostolado y el sacerdocio, con ser tan importantes en su vida misionera, tenían mayor relevancia ante lo que Dios les pedía. “*Yo no cambiaría la cárcel -decía Ramón Illa- por el don de hacer milagros, ni el martirio por el apostolado, que era la ilusión de mi vida*”; “*Quisiera ser sacerdote y misionero, ofreciendo el sacrificio de mi vida por las almas*”, escribía Luis Javier Bandrés. Luis Lladó decía: “*Muero tranquilo cumpliendo mi deber*”. La primacía absoluta de Dios en el corazón hace que se relativice todo lo demás³⁵. Por este motivo “*todos estaban contentos y se felicitaban,*

³⁵ Ellos supieron “aceptar y hacer propio el orden nuevo de valores que El

*como los apóstoles, por haber sido hallados dignos de sufrir algo por el nombre de Jesús*³⁶.

21. La incondicionalidad de su entrega tampoco se vio frenada por el amor a la familia. Manifestaban ternura y preocupación grande por sus seres queridos y por sus paisanos; pero nunca los antepusieron al martirio. El desprendimiento radical de la familia³⁷, que habían profesado como misioneros, se hacía ahora efectivo, sin negar lo más bello de los sentimientos humanos: *“No lloréis por mí -escribía Salvador Pigem-. Soy mártir de Jesucristo... Mamá, no lloréis por mí, Jesús me pide la sangre; por su amor la derramaré; seré mártir, voy al cielo. Allá os espero”*. Y un día antes de su muerte escribía a sus padres y hermanos José Figuero: *“Pronto voy a ser mártir de Jesucristo. No lloren por mi muerte, pues que morir por Jesucristo es vivir eternamente... Yo, en estos instantes, ruego al Señor les dé a Vdes. fortaleza para sobrellevar tan rudo golpe... Nunca como ahora les ama su hijo que muere sereno y tranquilo porque muere por Jesucristo”*.

22. Formaron una comunidad a la que nada le arredra, un grupo entusiasmado que, camino del suplicio, cantaba y gritaba la gloria de Dios, la salvación del mundo, el reinado social de Cristo y del Corazón de María. Proclamaron sin complejos su amor a la Iglesia, a la Congregación, a la familia, a los obreros, a los pueblos o regiones donde nacieron. El himno *“Jesús, ya sabes...”* se convirtió para ellos en canto apocalíptico, en el “cántico nuevo” de los vencedores: *luchar... vencer... cumplir y caer abrazados con su ideal... Y ¿qué ideal? ¡Por ti, Rey mío; por ti, mi Reina, la sangre dar!* Murieron gritando *“¡Viva Cristo Rey!”*, es decir, profesando -según las expresiones de su época- su fe en el Reino

propone como el Reino, la realidad absoluta desde la cual todo el resto adquiere su propia colocación de relatividad” (MCH, 143).

³⁶ Testimonio de Pablo Hall, compañero en la cárcel.

³⁷ Por las Constituciones, sabían que debían entregarse plenamente a la obra del Evangelio, dejando incluso la propia familia. Cf CC, 1924, I, n. 112.

de Dios realizado en Cristo Jesús³⁸. Este entusiasmo vocacional, propio de un grupo comunitario lleno de mística, no permitió fisuras para el cálculo, la duda, el desaliento ni el miedo. Por el contrario, polarizó todas sus facultades en torno al Absoluto de su vida y estableció aquella jerarquía de valores que pone cada cosa en su sitio sin despreciar nada. En su martirio cobró sentido su proyecto de vida y cada uno de los aspectos que lo integran. En aquel acto de amor quedó sellada la aceptación global del contenido de la fe y de la vocación misionera en todas sus referencias e implicaciones.

Una comunidad urgida por el amor y el perdón

23. Murieron perdonando a quienes les quitaban la vida. Se sentían poseídos por la misma compasión y misericordia de Dios. Ese fue su supremo testimonio de amor: perdonar -como Jesús- a sus perseguidores y verdugos. En un muro del colegio de los PP. Escolapios en el que estuvieron encarcelados pudo leerse -durante varios años- esta inscripción: *“Perdonamos a nuestros enemigos... A los que vais a ser nuestros verdugos, os enviamos nuestro perdón”*. Al desenterrar a Salvador Pigem, encontraron en el bolsillo de la sotana un calendario en el que había escrito: *“Nos matan por odio a la Religión. Domine, dimitte illis”*. En el taburete del piano que estaba en el escenario del salón aparecen escritos de perdón: *“Perdono de todo corazón a todos los que voluntaria o involuntariamente me hayan ofendido”* (Juan Sánchez Munárriz). *“Así como Jesucristo en lo alto de la cruz expiró perdonando a sus enemigos, así muero yo mártir perdonándolos de todo corazón y prometiendo rogar de un modo especial por ellos y sus familiares”* (Tomás Capdevila Miró). *“Sólo el murmullo santo de las oraciones se deja sentir en esta sala, testigo de nuestras duras angustias; si rezamos, es para perdonar a nuestro enemigos. ¡Sálvalos, Señor, que no saben lo que hacen”* (Faustino

³⁸ La fiesta de Cristo Rey era reciente y nuestro P. Andrés Solá, mártir diez años antes en México, invitó a sus compañeros de martirio a gritar: *“¡Viva Cristo Rey!”*.

Pérez). En la “ofrenda última a la Congregación” la proclamación del perdón es solemne: “*Agosto, 12 de 1936. En Barbastro. Seis de nuestros compañeros ya son Mártires; pronto esperamos serlo nosotros también; pero antes queremos hacer constar que morimos perdonando a los que nos quitan la vida y ofreciéndola por la ordenación cristiana del mundo obrero...*”. En la “Carta de despedida” se reitera: “*Pasamos el día animándonos para el martirio y rezando por nuestros enemigos*”. Estos testimonios revelan que la *solidaridad* y la *reconciliación* son fruto de la sobreabundancia en el amor. No es, pues, de extrañar que nuestros hermanos, ungidos por el Espíritu y participando de la plenitud de Cristo, estuvieran tan preocupados por que su sangre derramada no fuera *sangre vengadora*, sino impulso de nueva vida y signo de perdón y de reconciliación.

Preocupados por los marginados de su tiempo

24. Ofrecieron su vida por la “ordenación cristiana del mundo obrero”. Los obreros eran los más pobres y marginados en aquellos tiempos. Bastantes de los jóvenes misioneros resaltaron este aspecto tan nuclear en la evangelización: “*¡Viva el reinado social de Jesucristo obrero!*” (T. Capdevilla Miró); “*¡Viva el obrerismo católico!*” (José María Ros); “*¡Viva el Padre Claret, Apóstol y Obrero!*” (R. Novich Rubionet); “*¡Obreros!, los mártires morimos amándoos y perdonándoos! Muchos hemos ofrecido a Dios nuestras vidas por vuestra salvación ¡ved si es sincero nuestro amor por vosotros!*” (Faustino Pérez). Es fácil adivinar la carga de *convicción* que contienen estas exclamaciones, escritas por quienes sabían que pocas horas después habían de morir. Conocían las inquietudes y rebeldías de los obreros, y ellos supieron dar a su muerte un significado de opción por ellos.

Mueren contentos

25. El signo con el que sellaron su vida fue la *alegría*. Cantaron la alegría de vivir y de morir. Demostraron que un hijo

del Corazón de María “*se alegra en los tormentos y dolores que sufre y se gloria en la cruz de Jesucristo*”³⁹. De múltiples formas repetían que morían no sólo resignados, tranquilos y serenos, sino, sobre todo, alegres y contentos: “*Morimos contentos*”, dicen en la “Carta de despedida”; “*muero contento -exclamaba Esteban Casadevall-. Me tengo por muy feliz, como los Apóstoles, porque el Señor ha permitido que pueda sufrir algo por su amor antes de morir*”. Juan Sánchez Munárriz decía: “*Con el corazón henchido de alegría santa, espero confiado el momento cumbre de mi vida, el martirio*”. Los compañeros argentinos Pablo Hall y Atilio Parussini nos dan algunas claves para comprender semejante estado de ánimo: “*Estábamos emocionadísimos, pero ellos seguían todos muy animados, con el ejemplo de los anteriores, y nos aseguraron que irían todo el camino cantando y dando «¡Vivas!» a Cristo Rey, al Corazón de María, a la Religión Católica y al Papa*”⁴⁰. “*Todos ellos tranquilos, alegres, resignados. Aquellos rostros tenían en aquel momento algo de sobrenatural que no es posible describir*”⁴¹. El encargo que recibieron de los Mártires para transmitirlo a la Congregación fue que “*se alegrase porque tenía hijos que, a ejemplo de su santo Fundador, saben arrostrarlo todo hasta la misma muerte, estimulados por su sublime ideal*”⁴².

26. Forjados en la escuela misionera de Claret⁴³, murieron contentos porque dieron un “sí” al amor de Dios que experimentaban en sus corazones; y éste, que es el Espíritu Santo, les comunicó sabiduría, fortaleza y gozo en la tribulación. Como humanos que eran, sintieron la debilidad, sabían que llevaban un gran tesoro en vasijas de barro, pero experimentaron que una fuerza

³⁹ Cf Aut 494 y Mss, X, p. 87

⁴⁰ HALL, P., *Relación*, 74.

⁴¹ PARUSSINI, A, *Carta a sus padres*, 15.

⁴² HALL, P., *Crónica*, 24.

⁴³ Cf. EA, pp. 616-619.

extraordinaria actuaba en ellos; y que esa fuerza venía de Dios⁴⁴. Dejaron que Cristo viviera en ellos y se llenaron de serenidad y esperanza: es la madurez que concede el Espíritu a quienes responden a la voluntad del Padre. En la hora decisiva se acordaron de todos y de todo para ofrecerles su recuerdo oportuno; estuvieron alegres porque sabían lo que querían y hacia dónde iban.

III. NUESTRA ACEPTACION DEL TESTAMENTO

27. Ya se aproxima la fecha de la Beatificación de nuestros hermanos. Lo de menos -en nuestra consideración- es el aspecto externo y solemne, al que obviamente hemos de atender, aunque con nuestra característica sobriedad claretiana. Lo más importante es acoger este acontecimiento eclesial y congregacional como ocasión propicia para revivir la dimensión martirial de nuestra espiritualidad y misión. Desde el primer momento en que se comenzó a pensar en la Beatificación, el Gobierno General quiso fomentar la preparación con estricto sentido *espiritual* y *apostólico*. En esta línea se están moviendo las Comisiones de Iberia e Internacional; a ella responden los subsidios que nos están preparando para que tanto nosotros como los otros miembros de la Familia Claretiana y las comunidades eclesiales podamos apreciar y asimilar el mensaje de nuestros Mártires y celebrar la obra de Dios en ellos. De todo esto y de la organización para participar en los diversos actos de la Beatificación en Roma, se está informando puntualmente.

El “kairós” del tiempo presente

28. A la actual generación de claretianos nos ha tocado vivir un *kairós*, un momento propicio de gracia. Durante estos últimos

⁴⁴ Cf 2 Co 4,7.

años hemos confrontado nuestra vida y misión con las exigencias del momento histórico⁴⁵; hemos recibido un precioso texto constitucional, expresión de nuestro proyecto de vida misionera; han surgido entre nosotros nuevas expresiones de vida y un buen número de nuevas presencias en culturas y pueblos diversos. Pero asimismo -como el último Capítulo General detectó- *“hemos de decir humildemente que, en este tiempo de gracia, ha habido por nuestra parte, resistencias, fallos, olvidos y tibiezas. Hemos de afrontar, con más lucidez, esperanza y realismo, situaciones y problemas de gran importancia para nuestra vida congregacional”*⁴⁶. No obstante esta mezcla de luz y sombras, nos preocupa que dos terceras partes de los hombres no hayan oído hablar de Jesús ni de su mensaje de salvación; nos enardece la llamada a la misión “ad gentes” y a la Nueva Evangelización de los descristianizados y alejados; nos sabemos acuciados por la necesidad de introducir nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones en nuestro servicio misionero de la Palabra y por contribuir -según nuestro don- a la emergencia de la “civilización del amor”⁴⁷.

29. En este contexto, la beatificación de nuestros Mártires de Barbastro se convierte en *memoria peligrosa y oportuna*: peligrosa para todo tipo de instalación y aburguesamiento y oportuna para reencender nuestras más profundas ilusiones misioneras y para hacer del testimonio el gran criterio que juzgue nuestras acciones e instituciones. Sólo quien vive la alternativa del Evangelio y está dispuesto a entregar su vida por la Palabra acogida y anunciada puede ser testigo. Así murieron nuestros hermanos. El resplandor de su gloria nos ilumina en este momento. Nos han dejado un ejemplo para que sigamos las huellas de Jesús⁴⁸ y afrontemos, con *fidelidad y fortaleza*⁴⁹, los desafíos y dificultades que el anuncio de la Palabra tiene en el mundo de hoy.

⁴⁵ Cf. SP, intr.

⁴⁸ Cf. 1 Pd 2,21.

⁴⁶ SP 3,2.

⁴⁹ CC 46.

⁴⁷ Cf SP 4.

30. El último Capítulo General vinculó nuestro ministerio de la Palabra al seguimiento de Jesús, “el mártir de la Palabra”, o, mejor, “la Palabra martirizada”. El ministerio de la Palabra sólo acontece auténticamente cuando se sitúa en el horizonte de la Cruz. Anunciar hoy la Palabra profética es también sumamente arriesgado. Hacerlo allí donde la injusticia, la maldad, la conculcación de los derechos humanos, las amenazas a la vida, la corrupción están entronizadas, exige una gran entereza y espiritualidad. También hoy somos enviados *como ovejas en medio de lobos* y no debemos callar, ni proclamar una palabra que nada cambia, que nada desestabiliza. Tenemos una gran promesa: *El Espíritu de vuestro Padre y de vuestra Madre hablará por vosotros*; con El venceremos toda clase de inhibición, timidez, temor o complejo.

El “kairós” de la Beatificación

31. Nuestros hermanos van a ser colocados al pie del altar. Vamos a escuchar desde él su fuerte voz que nos interpela. Es el momento simbólico del quinto sello: *“Cuando soltó el quinto sello vi al pie del altar, con vida, a los asesinados por proclamar la palabra de Dios y por el testimonio que mantenían. Clamaban a grandes voces: ‘Tú el soberano, el santo y leal, ¿para cuándo dejas el juicio de los habitantes de la tierra y la venganza de nuestra sangre?’ . Dieron a cada uno una **vestidura blanca** y les dijeron que tuvieran calma todavía por un poco, hasta que se completase el número de sus compañeros de servicio y hermanos suyos a quienes iban a matar como a ellos”*⁵⁰.

Nos serán presentados nuestros hermanos como mártires por la causa de Jesús. Hoy como en los orígenes se construye sobre sus cuerpos el ara de la celebración eucarística. Aun glorificados, se preocupan por la justicia en la tierra. Dios les concede una vestidura blanca y muestra su bondad paciente. Aún

⁵⁰ Ap 6, 9-11.

no se ha completado el número de los compañeros de servicio y de los hermanos suyos a quienes van a matar como a ellos. Su beatificación es todavía provisoria. Queda por completar lo que falta a la pasión de Cristo en nuestra Congregación. Este es nuestro “kairós”. Los Mártires nos convocan a con-memorar su dolorosa y fecunda decisión, llena de solidaridad con la Iglesia y con los hombres de nuestro tiempo. De ellos hemos recibido las “ascuas encendidas de su espíritu”. Quieren verificar si corre por las venas de la Congregación la sangre derramada por ellos; si tienen continuidad en nuestras acciones e instituciones aquellos proyectos misioneros que ellos soñaron realizar y no pudieron⁵¹.

¿Qué vamos a hacer para que su fuego no se apague?

32. Somos los depositarios de su Testamento y los primeros destinatarios de su testimonio. No podemos permanecer indiferentes. Es un deber moral *acoger con generosidad su última voluntad*: querían una Congregación vigorosamente misionera, capaz de hacerse presente en las periferias y fronteras del mundo, allí donde ellos no pudieron llegar; soñaban una Congregación fiel al seguimiento radical de Jesucristo y a su misión evangelizadora, fiel a la Iglesia católica y a los hombres que sufren necesidad.

33. Dejarme, hermanos, que interprete el símbolo de sus voces bajo el altar para nuestra Congregación en el momento presente. En este momento entiendo que nos piden:

⁵¹ El Estudiante Juan Baixeras escribía a su padre y, a la vez que aceptaba la posibilidad de la muerte, añadía: *«Solamente encuentro en mí una contradicción, y es contemplar la situación del mundo infiel, del mundo que todavía no ha visto la luz de la fe, porque falta quien se la lleve. Por esta razón uno desea vivir 200 años, buena salud y vigor humano»* (Cervera, 5-marzo-1936). El H. Manuel Martínez dice a su hermana Inés: *«A lo mejor algún día oirás que tu hermano Manuel está en China, y quizás más tarde que ha muerto por Cristo, perdonando a sus enemigos. Esta sería mi dicha suprema»* (Alagón, 1-enero-1935). Rafael Briega, al despedirse del estudiante argentino Hall, le dijo: *«Hágale saber al R.P. José Fogued que ya que no puedo ir a China, como siempre he deseado, ofrezco gustoso mi sangre por aquellas misiones y desde el cielo rogaré por ellas»*.

1) *Crecer en la convicción de que el Espíritu Santo es y debe ser aceptado como el protagonista de la misión*⁵². La misión es el eje central, la línea-fuerza, que articula e impulsa toda nuestra vida al servicio del Evangelio. Pero la misión sólo avanza con la docilidad y confianza en el Espíritu. El es quien nos unge y coloca ante las necesidades humanas, las carencias religiosas y morales y las lacras sociales para que respondamos a sus interpelaciones. El es quien ensancha nuestra mirada y enardece nuestro corazón ante las inmensas posibilidades de la misión, a la vez que nos otorga la audacia y la fortaleza para afrontar sus grandes desafíos, aparentemente insuperables. Nuestros hermanos Mártires, que habían sido modelados en el Corazón de María por la acción del Espíritu para el anuncio del Evangelio, en el momento cumbre de su vida proyectaron sobre la Congregación futura su anhelo misionero universal y sus más hondas preocupaciones sobre el futuro de la Iglesia y de la sociedad. Hoy que la Iglesia siente como el mayor desafío la actividad misionera, nos urgen a comprometernos animosamente en la misión «ad gentes» y en la Nueva Evangelización. Pero, a la vez, desde su experiencia, nos piden una más intensa vida según el Espíritu; es decir, una vida en radical seguimiento a Jesús que comporta: escuchar la Palabra, prestar atención a los signos de los tiempos, acoger y cumplir con fidelidad la voluntad del Padre y compartir el dolor con el pueblo. Al vernos tan propensos a acentuar la parte humana en nuestros compromisos religiosos y apostólicos y oírnos hablar de planificaciones, programaciones, opciones y decisiones como si fuéramos los protagonistas de la misión, quieren ponernos un correctivo a nuestra ansiedad y voluntarismo. En todo esto, que es imprescindible para crecer, quieren vernos guiados por el Espíritu, fuente de donde mana toda vida. Nos invitan a recuperar la experiencia del amor gratuito y benevolente del Padre que suscita, como en Jesús, la acción de gracias⁵³. Dan testimonio de

⁵² RMi 30.

⁵³ CfMt 11,25

que quien acoge el don de Dios y se deja poseer por su inmensa misericordia no puede reprimir la urgencia de la compasión y de la caridad sin límites, como es el amor a los enemigos⁵⁴. La revitalización de nuestro compromiso misionero depende de la capacidad que tengamos de dejar actuar en nuestra vida, como lo hizo Claret y lo hicieron estos Mártires, al Espíritu de Jesús. Si le dejamos ser protagonista en la misión, tenemos asegurada, en la tarea evangelizadora, la perenne novedad, la audacia, la fortaleza y la fidelidad hasta el final.

2) *Asumir con valentía y generosidad las urgencias misioneras de la Congregación*. Somos servidores de la Palabra en la misión “ad gentes” y en la “nueva evangelización”, es decir, en misiones de vanguardia, tal como resaltaron los últimos Capítulos Generales. Esto se realizará organizándonos de tal forma que nos hagamos mucho más presentes, sobre todo en Asia y Africa, y en el Este Europeo⁵⁵, y de modo que la opción por los pobres siga enjuiciando y alentando todos los proyectos misioneros. Ante la viva conciencia y la sentida preocupación de los mártires por la justicia social, ¿podemos dejar en simple declaración nuestro compromiso por una evangelización profética y liberadora y desde la perspectiva de los pobres y necesitados?⁵⁶. El hecho de que en una situación límite, como es la del martirio, presten nuestros hermanos tan especial atención a este punto ¿no cuestiona nuestro modo de pensar, de vivir y de evangelizar? Las directrices de la Iglesia en las encíclicas de Juan Pablo II *Sollicitudo rei socialis*, *Centesimus annus* y *Redemptoris missio* nos marcan un arriesgado camino que todavía nos queda por recorrer.

⁵⁴ Sólo aquel que tiene el Espíritu de Cristo puede entender y practicar el amor a los enemigos. Cf CLARET, AM, EA, 623.

⁵⁵ «Nuevos pueblos comparecen en la escena mundial y también tienen ellos el derecho a recibir el anuncio de la salvación. El crecimiento demográfico del Sur y de Oriente, en países no cristianos, hace aumentar continuamente el número de personas que ignoran la redención de Cristo» RMI 40.

⁵⁶ CfMCH 169-176

3) *Crear un ambiente colectivo de disponibilidad en las personas y en las instituciones.* Nuestros hermanos Mártires nos dejaron el testimonio de su disponibilidad incondicional y absoluta. Ahora nos piden -a las personas y a las instituciones- que seamos generosos. Efectivamente, no basta el ofrecimiento de las personas; también los organismos han de potenciar su disponibilidad universal y favorecer los anhelos misioneros que el Espíritu pone en las personas. Las estructuras se vuelven, a veces, frenos demasiado fuertes que impiden las salidas de las personas para cubrir otras necesidades más urgentes. Y la falta de generosidad misionera resulta, a la larga, pernicioso. Pero la *disponibilidad* sólo es posible cuando renace en nosotros la pasión y la caridad misionera. Cuando hay mística en un grupo, desaparecen el cálculo, las miras estrechas, las reticencias y los miedos. Por el contrario, cuando falta la caridad de Cristo, cualquier cambio, esfuerzo o sacrificio, parece imposible, inhumano o ridículo. Las grandes aventuras misioneras han estado siempre protagonizadas por hombres que se entregaron a la Causa de Jesús y se olvidaron de sí mismos, de sus proyectos, de su familia, de su cultura y que no idolatraron las instituciones, ni se dejaron llevar aun por otros legítimos intereses.

4) *Hacer del testimonio nuestra arma más poderosa*⁵⁷. Nos hace falta someter a este criterio -con seriedad y sin contemplaciones- todo lo que somos, hacemos y tenemos. Ahora que con tanta facilidad abdicamos de nuestros compromisos y que tan proclives somos, por el clima de nuestro tiempo, a adoptar posturas versátiles, ambiguas e indefinidas, nuestros hermanos mártires nos siguen gritando que, ante todo, hemos de ser testigos fieles. Nos estimulan a vivir *incondicionalmente* el amor primero de nuestra vocación, a vivir y morir *con Jesús y como Jesús -Profeta poderoso en obras y palabras*⁵⁸, a no callar ni quedarnos con los brazos

⁵⁷ «Para la Iglesia, el primer medio de evangelización consiste en el testimonio»
EN 41.

⁵⁸ Cf Lc 24,19; SP 13.

cruzados ante el mal, que el Apocalipsis expresa bajo los símbolos del dragón, la bestia, la ciudad secularizada. Cuando en nuestro mundo aumenta la violencia y se extiende la cultura de la muerte; cuando la agresividad, el odio y el desprecio por la vida infeccionan y enrarecen nuestra convivencia social, es saludable y confortante evocar y acoger el testimonio de quienes en el momento supremo de su vida han sabido ser testigos de la compasión, misericordia y cercanía fraterna de Jesús. Los mártires son los grandes artífices de la «civilización del amor». En su aceptación de la muerte apuestan por la vida. La luz de la resurrección de Jesús les hace ver el mundo de una manera diferente. La sabiduría del Evangelio les enseña a establecer una nueva relación con cuantos han compartido la existencia, incluso con los que les quitan la vida. Confían en aquel que viene y hace nuevas todas las cosas⁵⁹. Por eso, todo lo que en nosotros no esté al servicio del testimonio bloquea nuestra misión y debe ser transformado.

5) *Revivir con corazón nuevo la pertenencia a la Congregación.* A la luz del ejemplo dado por esta Comunidad mártir apreciamos que el amor a la Congregación entraña algo más que un mero sentimentalismo o curioso interés por sus empresas, actividades, documentos y personas. Vivir la pertenencia a la Congregación es una forma de expresar operativamente la confianza en el Espíritu Santo que le ha dado origen y misión en la Iglesia; es hacer propio el estilo de vida misionera de Claret; es asumir responsablemente el compromiso de realizar el objetivo para el que ha sido fundada⁶⁰. Amamos la Congregación y pertenecemos a ella cuando la cualificamos y acreditamos evangé-

⁵⁹ Cf Ap 21,5

⁶⁰ Con razón la MCH dice: “No se vive en claretiano por el mero hecho de haber dado el nombre a la institución, por dedicarle unas horas de trabajo y ofrecer nuestra simpatía a las personas que con el correr de los años han llegado a ocupar un puesto importante en nuestro ámbito afectivo. Sólo si profesamos cada día el seguimiento de Cristo Ungido y Enviado, Hijo de María, que nos asocia a su misión salvadora, como nos indicó el P. Fundador, podemos decir que nos estamos identificando vocacionalmente en una comunidad al servicio de la Iglesia” (130).

licamente, cuando la dotamos de energía apostólica y audacia profética en nuestro servicio misionero, cuando superamos los límites de las casas, las provincias, los continentes, cuando tratamos de comprender y valorar -sin monopolios- lo que el carisma claretiano está haciendo en los demás. La pertenencia a la Congregación y en ella a la comunidad difumina progresivamente en nosotros los rasgos de individualismo que la sociedad burguesa tanto resalta, nos vigoriza ante las tentaciones de fuga y favorece un testimonio mucho más creíble del Reino, que es comunión.

6) *Comprometernos en el crecimiento cualitativo y cuantitativo de la Congregación.* El interés que mantuvieron los Mártires de Barbastro por el futuro de la Congregación y la satisfacción de poder ofrecer la vida por su crecimiento y expansión nos incitan a tomar muy en serio la calidad de nuestra vida misionera y el problema de las vocaciones. La Congregación crece *cualitativamente* cuando, deseando ardientemente la justicia del Señor, nos esforzamos por llegar a la plena madurez de Cristo para comunicar con mayor eficacia a los demás la gracia del Evangelio⁶¹. Los Mártires son nuestros precursores. Haciendo vida las Constituciones, se habilitaron para el testimonio supremo del amor. También para nosotros las Constituciones siguen siendo propuesta de crecimiento en la vida misionera y nos preparan para ser discípulos y apóstoles de Jesús en nuestro mundo. La buena formación humana, espiritual, intelectual y pastoral ha sido una nota distintiva de los claretianos, que han sabido estar en medio del pueblo sin ser vulgares. Hoy, para estar a la altura de los tiempos, hemos de progresar en ciencia y virtud. Sólo así ofreceremos un cualificado servicio misionero de la Palabra⁶². Deseamos que la Congregación crezca también *cuantitativamente* porque queremos extender el Reino de Dios por todo el mundo⁶³.

⁶¹ Cf. CC, 1986, 51.

⁶² Cf. CC, 1986, n. 56

⁶³ Cf. CC, 1986, n. 58

Algunos Organismos vienen soportando, casi con angustia, la carencia de vocaciones. Muchos de sus miembros se lamentan, otros se justifican diciendo que sucede poco más o menos lo mismo en otros Institutos y otros dan la sensación de que se resignan a morir sin que nadie continúe sus compromisos misioneros. Es difícil saber cuánto hay en todo esto de sufrimiento y dolor, pero también de inhibición y abstencionismo. Si queremos cumplir el *testamento* de la sangre derramada por nosotros, hemos de asumir la apremiante tarea de promover y cuidar de las vocaciones. Oremos al Señor de la mies que envíe obreros a su mies⁶⁴ y no olvidemos que nuestras palabras y estilo de vida misionera son la mejor invitación a abrazar la llamada del Señor⁶⁵. Lo que implica, sobre todo, que vayamos a la mies y no nos quedemos cómodamente instalados fuera o de espaldas a ella. Los jóvenes no se van a animar a seguir la vocación claretiana si nos ven desilusionados, instalados y descomprometidos. Buscan en nosotros hombres de fe y de oración, capaces de contagiar ilusión, alegría, generosidad y audacia misionera en el anuncio de la Buena Nueva a los pobres⁶⁶.

7) *Aprender a morir contentos*. Con su muerte regocijada nuestros Mártires nos están invitando a buscar y a permanecer en aquella alegría que nadie nos puede arrebatarnos⁶⁷ y que tan característica es del discípulo y apóstol de Jesucristo. Nos animan a desgastarnos con alegría por el Evangelio, recordando que nuestra entrega a la muerte por causa de Jesús produce la vida en los que escuchan la Palabra⁶⁸. No quieren vernos «*evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos*», sino «*ministros del evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo*»⁶⁹. Como evangelizadores, somos mensajeros

⁶⁴ Cf Mt 9,38.

⁶⁷ Cf Jn 16,22

⁶⁵ Cf CC 58.

⁶⁸ Cf 2 Co 4, 10-11.

⁶⁶ Cf Lc 4,18. Aut 118 y 687.

⁶⁹ EN80

de la alegría. Pero donde esto se manifiesta eminentemente es cuando, en situaciones de conflicto, dolor o muerte, superamos toda amargura y resentimiento, y manifestamos nuestra disponibilidad gozosa ante un martirio tantas veces incruento.

¡Celebremos la Beatificación de nuestros hermanos!

34. La Beatificación es un hito importante que puede y debe ayudar a despertar, a revivir y a hacer expansiva la memoria de este acontecimiento martirial por la geografía de la Congregación, de la Familia Claretiana y de la Iglesia. De hecho ya se está percibiendo un movimiento de creciente interés, tanto en los Organismos de la Congregación como en las diversas Iglesias particulares. La Beatificación se celebra en un día concreto, pero su influencia no se agota con la ceremonia o actos en torno a ese día. Es de esperar que tanto la preparación como la proyección nos ayuden a crecer en la vida misionera.

35. En orden a preparar lo mejor posible este acontecimiento quisiera invitaros a:

1) *Reconocer la fecundidad del don de Dios.* A la vez que la Iglesia declara bienaventurados a nuestros hermanos mártires de Barbastro, nosotros podemos y debemos apreciar la fecundidad de la gracia de Dios en nuestra comunidad misionera. En esta beatificación queda patente que la Congregación ha sabido ser Madre y Maestra de misioneros fieles hasta el fin. Ahora son cincuenta y uno los reconocidos públicamente, pero todos sabemos que son muchos más los que, cruenta o incruentamente, han testimoniado -de distintos modos y en lugares muy diversos- con su vida y su palabra que Jesús es el Señor. Por eso, una buena manera de celebrar esta beatificación es ensanchar la mirada sobre nuestra historia y afianzar la confianza en nuestro proyecto de vida y de servicio misionero, es una gran oportunidad para agradecer el don de Dios en la fidelidad callada de tantos

misioneros dispersos por el mundo, cuyo único afán ha sido y es devolver a los hombres la dignidad de los hijos de Dios. En los formadores (Presbíteros y Hermanos) de los Mártires podemos reconocer el rostro de tantos formadores que han dedicado y están dedicando lo mejor de su vida a los formandos, creciendo con ellos en fidelidad a la vocación misionera. Los formadores son los encargados de que la sangre nueva revitalice la Congregación. A nadie se le oculta cuán delicada y sacrificada es su misión. Por eso, su generosa y gozosa entrega es más digna de agradecimiento. Confiamos que esta beatificación sea motivo de aliento para ellos y singular oportunidad para que formadores y formandos revivan con entusiasmo aquellos valores de la vocación claretiana que hicieron posible en nuestros mártires su heroica y conmovedora fidelidad hasta la muerte.

2) *Contemplar y dejarnos afectar por el acontecimiento del martirio, los escritos y los testimonios de los Mártires.* Para ello hay que saber quiénes y cómo eran los Padres, Estudiantes y Hermanos que integraban la comunidad de Barbastro; conocer la historia del martirio y sus escritos; meditar sus palabras; dejarse interpelar por cuanto es para nosotros mensaje y estímulo. Durante estos meses, previos a la beatificación, podemos aprovechar los encuentros comunitarios y provinciales, retiros, ejercicios, vigilias de oración y otros momentos para acoger, profundizar e interiorizar este rico patrimonio que tendrá, sin duda, una resonancia diferente en cada contexto cultural y eclesial en que se halla implantada la Congregación. El mensaje de los Mártires es válido y estimulante para cuantos participan con nosotros en la misión evangelizadora y para todo el Pueblo de Dios. Por eso, habría que darlo a conocer, explicarlo y llevarlo a la celebración y al compromiso cristiano. Es verdad que algunos Organismos de la Congregación no disponen aún de materiales en sus propias lenguas. La Comisión Internacional está intentando remediar esta necesidad. Donde ella no pueda llegar, habrán de ser los mismos Organismos quienes hagan el esfuerzo por realizar las adecuadas traducciones.

3) *Suscitar y fomentar la acción de gracias por lo que ellos fueron y son para nosotros.* Al dar gracias, comenzamos a participar en su bienaventuranza porque amamos aquello por lo que dieron la vida: la causa de Jesús y su Reino. Cumplamos el deseo de los mártires: alegrémonos y compartamos con el Pueblo de Dios el gozo por el reconocimiento eclesial de su martirio. Compartámoslo, de manera especial, con los miembros de la Familia Claretiana. Como gesto de comunión eclesial y congregacional, cada comunidad, en el momento que crea oportuno, el día 25 de octubre, fecha de la Beatificación, celebre con el pueblo algún acto de acción de gracias.

4) *Ofrecer un homenaje Congregacional.* La Provincia de Aragón ha tomado la iniciativa de hacer una capilla-sepulcro para los Mártires y un museo para los recuerdos que de ellos se conservan. Seguramente que no faltarán quienes evoquen su memoria con escritos, pinturas y esculturas. Todo esto puede ayudarnos a mantener viva la memoria de su fe en Jesucristo y de su amor a María, a la Iglesia y a la Congregación. Pero me parece que la Congregación no debería dejar pasar esta ocasión sin ofrecer un homenaje comunitario a nuestros Mártires. Un homenaje no esculpido, ni pintado, ni escrito, sino hecho vida misionera. Algunos de ellos desearon ir a China o a otros pueblos que no hubieran conocido la luz del Evangelio. ¿Por qué no hacer alguna fundación en algún país, que prepare la entrada en China, como homenaje a nuestros hermanos Mártires? Evidentemente, esta fundación habría de hacerse con personal ofrecido voluntariamente. Desde ahora, pues, invito a cuantos se sientan capacitados para el aprendizaje de lenguas y animados a realizar este proyecto, a que escriban al P. General. El Gobierno General estudiará el lugar o país más adecuado para hacer la nueva fundación que llevará el nombre de «Mártires de Barbastro».

* * *

Termino esta carta circular el día en que celebramos la visita de María a su prima Isabel. Fiesta de la prontitud para el servicio y de la confianza absoluta en el Dios que enaltece a los humildes, a los débiles y a los pobres. Agradezcamos a María estos hijos suyos, los Mártires de Barbastro, formados en la fragua de su Corazón, y que jamás dejarán de cantar el Magnificat. Por mi parte, encomiendo a María la vida y misión de la Congregación y le pido nos llene a todos de aquel ardor y fortaleza que animó a nuestros hermanos para que seamos hoy testigos y servidores de la Palabra en todos los pueblos de la tierra.

*«A ti, Señor, te ensalza
el glorioso coro de los apóstoles,
la multitud admirable de los profetas,
el blanco ejército de los mártires».*

Roma, 31 de mayo de 1992
Fiesta de la Visitación de María

Aquilino Bocos Merino, C.M.F.
Superior General

Índice

TESTAMENTO MISIONERO DE NUESTROS MARTIRES	1
I. ENTRE EL MAGNIFICAT Y EL CALVARIO	3
¡Alégrate, Congregación agraciada!	3
Una espada atravesará tu vida	5
Haced lo que El os diga	8
En la Cruz, asociados a la Muerte de Jesús	10
II. TESTAMENTO MISIONERO	12
Aun muertos, hablan todavía	12
“¡Son tus hijos, Congregación querida!”	12
Una comunidad con mística	14
Una comunidad con entusiasmo misionero	15
Una comunidad urgida por el amor y el perdón	17
Preocupados por los marginados de su tiempo	18
Mueren contentos	18
III. NUESTRA ACEPTACION DEL TESTAMENTO	20
El “kairós” del tiempo presente	20
El “kairós” de la Beatificación	22
¿Qué vamos a hacer para que su fuego no se apague?	23
¡Celebremos la Beatificación de nuestros hermanos!	30